

BOLIVAR Y SUCRE: DOS HOMBRES Y UNA PATRIA

José Félix Díaz Bermúdez (*)

En el año 1824, Bolívar y Sucre, aquellos hombres admirables bajo cuya égida y constancia dependía la liberación del continente, sujetas a sus determinaciones y a sus obras el destino militar y político de las futuras Repúblicas, se encontraban en el Perú.

Le precede al Libertador, la gloria de haber vencido luego de sacrificios inauditos en las planicies de Boyacá, en la sabana de Carabobo, de las cuales surgieron plenas y esplendorosas, la independencia de Colombia y de Venezuela; le precede al General Sucre, todas las vicisitudes en el ejército de Oriente y sus primeros servicios bajo la autoridad de aquel, ya unificados los esfuerzos en una sola causa, por una sola patria; le precede, igualmente, el muy alto laurel que alcanzara sobre las faldas del Pichincha, y Quito por testigo de aquel ejército y de aquel capitán, que entre sus calles bordeadas de casas, de claustros e Iglesias, veía bajar del campo de batalla, el juvenil torrente que lideraba quien sería después el más digno, el más noble de los Libertadores.

En el Perú le aguardan todas las adversas circunstancias de la política local y de la preponderancia imperturbada España y de sus soldados y de sus tradiciones en aquel suelo.

Mientras instruye a Sucre sobre los movimientos y sobre las medidas previas al invierno: "... para adelantar nuestras marchas a fines de Octubre...", le escribe el Libertador a su amigo Fernando Peñalver en Caracas y evoca: "*Las cartas de Usted hacen un pausa a mis agitaciones... Sé las cosas de Ud., las mías y las de la Patria con un placer indecible...*", y revela: "*Cada día me lastima más la suerte de mi Patria, y cada día parece más irremediable. En esta infausta revolución, tan infaustas son la derrota como la victoria: siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte. Los españoles se acabarán bien pronto; pero noso-*

(*) Abogado. Profesor universitario. Ex Secretario del Consejo Moral Republicano.

tros ¿cuándo?...”, y concluye amargamente que: “*Dichosos los que mueran antes de ver el final desenlace de este sangriento drama! Al menos les quedará el consuelo de que un rayo de esperanza les dé la ilusión de lo que no sucederá*”.¹

Pero no obstante sus iniciales aprehensiones sobre el porvenir, advierte en Noviembre de 1824 los logros que junto a Sucre alcanza en el último de los bastiones que le quedan a España, al indicar que: “... *el Perú se ha libertado de la anarquía y de la tiranía; hemos sepultado la guerra civil en el abismo del olvido, y hemos arrancado el cetro del poder a los sucesores de Pizarro... A principios del año que viene, la paz nacerá del último tiro de cañón y no habrá más españoles en América*”.²

¿Y cómo se aproximan en lo humano las vidas de estos héroes sublimes...? A Sucre le escribe de tal modo como a pocos de sus Generales, hay en sus múltiples cartas el detalle de lo militar, lo profundo de la política y lo franco de la amistad, el afecto hacia un hijo al cual le dice sobre asuntos personales: “... *noto un gran desagrado en Ud...*” le indica el 20 de Noviembre de 1824: “*He visto todo y he procurado satisfacer a Ud: todavía, haré más para lograr persuadir a Ud. de que yo no le he ofendido ni aún remotamente, y que si lo he hecho estoy pronto a dar a Ud. plena satisfacción...*”,³ le advierte sin ambages su alma justa y generosa. Sucre, delicado en el carácter, estricto en el deber y en el obrar, excelso en sus intenciones y actitudes, descubre al Libertador sus sentimientos y este, a lo lejos, los advierte a plenitud. Las diferencias entre ellos, como las concordancias, son un modelo de respeto, consideraciones, honestidad y deferencias de un hijo frente a un padre, de un padre frente a un hijo.

En los Andes peruanos, en marchar paralelas los ejércitos realistas y libertador, se observan, se vigilan, se amenazan: El Libertador le pide a Sucre que mantenga unidas a sus fuerzas andando siempre sobre el enemigo cualquiera fuere la dirección que tomase; que permaneciera en la Cordillera y que se mantuviese en el Valle de Jauja, base de las operaciones españolas, pero le autoriza, en definitiva: “... *hacer lo que mejor le parezca; y esta autorización no recibe ni modificación ni restricción alguna...*”.⁴ Confianza y entendimiento fundamental entre los paladines de aquella magna causa, entre el Jefe y su subalterno, entre el héroe y el héroe cuya altura y grandeza de alma y de propósitos, de empresas y de resultados, ya presagiaba el agudo Bolívar desde el año 1819, al

1 **Memorias del General O’Leary.** Tomo 30, Págs. 10 y 11, Edición del Ministerio de la Defensa, Venezuela 1981.

2 **Memorias del General O’Leary,** Obra citada, Pág. 14.

3 **Memorias del General O’Leary,** Obra citada, Pág. 22.

4 **Memorias del General O’Leary,** Obra citada, Pág. 26.

indicar que aquel joven oficial cumanés, algún día, en los términos de la gloria y de constancia, de la virtud y de patriotismo, le iba a rivalizar dignamente.

Llega el instante superior de los hombres en el cual se resuelven definitivamente la suerte y el destino. En la Pampa de Quinua o Ayacucho, el rincón de los muertos en las luchas incaicas, Sucre advierte desde la madrugada, entre el alba, entre las sombras, la posición de las fuerzas realistas que ya están frente a él ubicadas en las mejores posiciones. Allá está Canterac, allá el Virrey La Serna, lo mejor de las armas de España nunca derrotados, allá los siglos de victoria y conquista y un mundo que les pertenece.

Llega el momento en el que se decide la gloria o la desgracia de los americanos, del Perú, de Colombia y de si se ratifican o no en los hechos, todos los sueños, todos los desvelos, todos los altos intereses del amado Libertador, en cuyo nombre arenga Sucre a sus tropas, al proclamar con voz de trueno: “... *el gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa libertad me asegura desde el cielo que... es imposible que nos dejemos arrancar un laurel ...De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur... Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia ... ¡Viva Colombia !... ¡Viva el Perú libre!... ¡Viva el Libertador!... ¡Viva la América independiente!...*”⁵ Lo grande se ha exaltado y resplandece... triunfa el héroe de la gloria, nace la patria libre en Ayacucho, la América infinita de Bolívar y Sucre...; lo pequeño de Colombia y del Perú se acallará aguardando un instante mejor para el desquite.

De todas partes llegarán las loas, que no confunden sin embargo los pensamientos y las acciones de los hombres grandes al llevar la santa libertad americana hasta sus límites. Colombia la Grande, era el árbitro justo de todo un continente y Ayacucho su mayor proeza, la vindicta del pueblo, el equilibrio y la paz de un mundo nuevo que nace en ella. “*Un mundo entero ha fijado su suerte...*”,⁶ indica el Mariscal.

Los héroes continuarán sus marchas por otros territorios todavía irredentos, que pronto serían independientes al solo nombre de Ayacucho. La espada de Sucre legítima y justifica ante la historia aquel movimiento general y simultáneo de las viejas colonias que pugnan en todas partes por ser libres, pero que debían ofrendar con su sangre y su dolor el noble sueño. “*Este nombre glorioso, y el bien que ha hecho el General Sucre a la América, serán la más bella*

5 De *Mi Propia Mano*, Antonio José de Sucre, Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, Págs. 182,183 y 184.

6 De *Mi Propia Mano*, Obra citada, Pág. 204.

herencia que podrá legar a su posteridad, y será tan inmortal como el tiempo”,⁷ afirma el Libertador sobre el Mariscal de Ayacucho, a Don Vicente de Sucre, recio bastión patriota y padre del héroe, quien no pudo conocer la hazaña de su hijo.

Sucre, finalizando aquel año 1824, entra al Cuzco, la capital del imperio de los Incas. Alcanza con sus manos el pendón de Pizarro y se lo remite como símbolo de gloria al Libertador. Bolívar, por su parte, lo destina a Caracas, añorada y distante.

Comienza 1825 y le informa el Libertador a Sucre sobre las nuevas circunstancias: las amenazas de Olañeta, las de la Santa Alianza, las del Emperador del Brasil y la necesidad de consolidar el Alto Perú.

Conoce como nadie la modestia, el carácter, el genio y las posibilidades admirables del desprendido Gran Mariscal, hombre sin bajas ambiciones, quien luego de tantas luchas solo deseaba retirarse legítimamente a la vida privada y lo que en definitiva nunca pudo hacer. Bolívar sabe como nadie como era prístina el alma de Sucre y le formula un alto llamamiento para anticiparse a cualquier contrariedad del héroe y le dice: *“Ya me parece que veo a Ud. impacientarse y molestarse con todos estos temores, retardos y operaciones ulteriores. Pero, amigo, no debemos dejar nada por hacer mientras que podamos, noble y justamente. Seamos los bienhechores y fundadores de tres grandes Estados, hagámonos dignos de la fortuna que nos ha cabido; mostremos a la Europa que hay hombres en América capaces de competir en gloria con los héroes del mundo antiguo. Mi querido General, llene Ud. su destino...”* y expresa sobre él: *“Ud. es joven, activo, valiente, capaz de todo ¿qué más quiere Ud?...”*⁸ Lo invita, lo tienta, lo obliga, lo persuade con los clamores de la amistad y del deber, con la inmortalidad de la gloria que le espera.

Sucre le responde el 4 de abril de 1825 desde Potosí, sosteniendo su determinación de la convocatoria de la Asamblea General del Alto Perú, no sin advertir que: *“Por amistad a Ud. y por amor a la patria vine a estas provincias contra mi voluntad, pues mis deberes como colombiano y como general estaban satisfechos en el Desaguadero... Yo he dicho a Ud., mi general, mil veces que toda mi ambición está cifrada en acabar la guerra con los españoles e irme a mi casa de simple ciudadano... Yo no soy para hombre público...”*⁹

7 Memorias del General O’Leary. Obra citada, Pág. 30.

8 Memorias del General O’Leary, Obra citada, Pág. 41 a 45.

9 De Mi Propia Mano, Obra citada, Págs. 223 a 226.

No obstante estos sentimientos personales, Sucre prosigue su afanosa tarea de organizarlo todo, tal como se lo aconsejara el Libertador: el ejército, la administración, la justicia, las rentas públicas, la regularidad de los empleos, los compromisos diplomáticos, la necesidad de establecer lo que el destacaba como instituciones liberales que demostrasen las virtudes de la independencia para los nuevos ciudadanos, piensa y luego recomienda al gobierno de Colombia por aquellos días, extender los beneficios de Ayacucho y emprender la campaña libertadora de La Habana.... ; llegar si era necesario al mismo Brasil, para contener sus agresiones y sino: “... *internarnos en Matogrosso y revolucionarles todo el país proclamándoles la libertad, los principios republicanos y demócratas, la licencia misma y todos los elementos de confusión y desorden que los hagan arrepentir de su injusta y pérfida agresión...*”;¹⁰ el fundar un establecimiento educativo más provechoso para el que los servicios prestados en la guerra, según lo señala. Era el soldado y el civilizador que deja en todas partes su impronta de bien.

Bolívar en definitiva aprueba los actos de Sucre relativos al pronunciamiento de la independencia del Alto Perú, le explica la causa de sus muchos cuidados al obrar y al decidir, los motivos por los cuales no le había impartido mayores instrucciones, asegurándole sin embargo que sus sentimientos concordaban con los suyos de atender a la voluntad de esos pueblos.

El impasse entre los grandes hombres con respecto a la creación de Bolivia, no se correspondía a un problema de esencia, sino de los inconvenientes propios de la distancia y de sus cálculos de la oportunidad y las reacciones generales. La creencia inicial de desentendimiento, mortificaba a Sucre quien reclama a Bolívar la ausencia de inmediatas y prontas disposiciones; se superan con creces las dificultades al descubrir posteriormente la existencia de los mismos propósitos aún sin conocerlos plenamente. Más allá de todo, Bolívar alecciona una vez más al discípulo de su predilección al advertirle que su sinceridad con él es para buscar la perfección de aquellos que superarán a la postre su propia grandeza.

Múltiples sucesos y dificultades reclaman la atención del egregio Bolívar. En Europa es probable una respuesta contra América que destruya a la revolución. Vislumbra la necesidad de mantener un gran ejército, una combinada política con Europa, Inglaterra y los Estados Unidos y la reunión del Congreso de Panamá como elementos claves; advierte la posibilidad de que se desarrolle una conflagración mayor si la Santa Alianza no comprende y reconoce la trascendencia de Ayacucho, y que se escenifique en consecuencia: “... *una*

10 Archivo de Sucre, Fundación Vicente Lecuna, Caracas, Tomo VI, Pág. 39.

guerra universal...”, donde se libre: “... *en una contienda general el triunfo de los tronos contra la libertad...*”.¹¹ Al mismo tiempo le reclama su hechura, la estabilidad de los nuevos Estados y la resolución de los conflictos interiores, ocultos pero amenazantes ante él como enemigos que le asechaban siempre. Sucre le observa, por su parte, al Libertador, las dificultades de una campaña de Europa contra América y aconseja que si no se mandaban las tropas para Cuba, se envíen a Colombia y refundir entonces en una división a los soldados del sur y del Perú. A su juicio, el suceso de Ayacucho determinaría que ninguna potencia europea se atreva a respaldar a España, pero manifiesta al gobierno de Colombia estar dispuesto junto al ejército en el Sur y al último soldado de Ayacucho a: “... *morir sosteniendo nuestro sacrosanto código que contiene las libertades y la independencia de Colombia*”.¹²

Luego de estos sucesos, el Libertador se apresta a seguir al Alto Perú.

A mediados de julio está en el Cuzco, a finales en Cinto, a principios de agosto en Puno y a mediados de ese mes en La Paz.

Adoptan juntos, Bolívar y Sucre, cuantas medidas eran recomendables para el mejoramiento del país, la organización del ejército, el establecimiento de las instituciones republicanas y la paz. Sucre jura al pueblo boliviano, declarado independiente, ya bajo los auspicios de los genios de Junín y Ayacucho, que: “... *veré los intereses y la dicha de este pueblo como los míos propios, como los de mi patria misma*”.¹³ Y a tantas pruebas de desvelos y de servicios, propios de libertadores verdaderos, suman el sinigual desprendimiento de quienes no mancillan a los pueblos y desprecian riquezas materiales con las que los distinguen, y así, el Libertador le entrega a Sucre la guirnalda de oro que le ofreciera el Cuzco y, a la vez, éste regala a Cumaná otra similar y la pluma de oro que le ha ofrecido Cochabamba; y a Bogotá le envía, el digno Mariscal, como ilustre presente, el Manto de la reina mujer de Atahualpa.

Tal como expresa Sucre, los poderes que se les confieren en Bolivia ni los pretendieron ni los solicitaron y en tal situación: “*Si hemos de responder al mundo de este país, -promete- nosotros lo guardaremos y conservaremos, evitándole la desgracia y el desorden*”.¹⁴ Sin embargo, los tumultuarios y anarquistas, presentes ya coaccionando a la Asamblea de Bolivia, manifiestan, al decir de Sucre, con sus ambiciones y sus crímenes, sus pérfidas intenciones.

11 *Memorias...*, Obra citada, Pág. 52.

12 *Archivo de Sucre*, Obra citada, Págs. 154, 155.

13 *Archivo de Sucre*, Obra citada, Tomo VII, Pág. 63.

14 *Archivo de Sucre*, Obra citada, Tomo VII, Pág. 97.

Ya había aceptado el héroe de Ayacucho por su patria y por el Libertador, permanecer dos años dirigiendo aquel país, renunciando a sus requerimientos personales de regresar a Cumaná, como le urgía, y a su separación de los deberes públicos.

Ciertos escarceos de los soldados del Brasil se producen en la provincia de Chiquitos y Sucre se prepara, al mismo tiempo que el Libertador informa y consulta a Colombia con respecto a estos hechos y al protectorado americano que le solicita la nación Argentina, en trance de una guerra con ese otro país. Ambos Bolívar y Sucre, miden las conveniencias políticas y adoptan medidas indispensables. Nuevos compromisos llaman a las armas libertadoras en América. *“Si el ejército de Colombia recibe órdenes de su gobierno -afirma Sucre-, bajará del Potosí sobre los enemigos del Río de la Plata como un torrente que se precipita y arroja al mar cuanto se le opone”*.¹⁵ Por su parte, Bolívar le indica al General Alvear, no tener facultades para tal resolución de comprometer a Colombia en la guerra con Brasil, que habría también que consultarla al Congreso de Panamá. La defensa de aquel mundo libre frente al mundo tirano, se encontraba bajo los arbitrios de Colombia y en la acción y en la espada de Bolívar y Sucre, y como en Ayacucho, irían a vindicar los derechos del género humano.

¿Cual ejército es el de Sucre, cuál ejército es el que puede mejor estar bajo su mando...? Sólo el que dignifica al pueblo y a la historia. En inmortales términos proclama el Mariscal de Ayacucho el sentido y la gloria de los soldados de la revolución: *“El ejército unido combatiendo por la libertad, por la justicia de la América en su lucha, y por la causa de la humanidad ha marchado por una carrera de gloria y hoy goza por premio de sus sacrificios, de la más sublime recompensa: la admiración de los hombres, las bendiciones de los pueblos. El ejército conservará el brillo de sus armas llevando sobre las bayonetas la observancia de las leyes, la defensa de los principios y de los derechos, pero si alguna vez él abandonase la buena causa, la causa de los pueblos, la de la patria, si alguna vez se degradara a alistarse bajo la tiranía, maldiciones eternas y la execración de los hombres sean su castigo”*.¹⁶

En Bolivia, el Libertador intenta ensayar el orden nuevo que perfila en su Proyecto de Constitución, hechura paternal de quien se empeña en salvar la libertad naciente de sus inexperiencias y extravíos. El Libertador persigue, tal como lo indicara entonces al General Páez: estabilidad unida a la libertad y la conservación de los principios republicanos.

15 Archivo de Sucre, Obra citada, Tomo VII, Pág. 188.

16 Archivo de Sucre, Obra citada, Tomo VII, Pág. 188.

Atendiendo a sus convicciones humanas y políticas él, el eterno Bolívar, rechaza la pretensión absurda de constituir bajo su nombre monarquía alguna. Lo hace saber tempranamente al Vicepresidente Santander en Febrero de 1826: Libertador o muerto era su única resolución. ¿Qué persigue el héroe singular constitucionalista de los pueblos? Reunir la experiencia de los siglos en un texto, donde pudieren concurrir "... *todos los extremos y todos los bienes...*"¹⁷ de la humanidad política. Advierte entonces al General Páez y a los principales jefes libertadores que el año 1831, sería la oportunidad aconsejable para resolver los asuntos más favorables acerca de la estabilidad y conservación de Colombia, pero sin precipitarse en cambios que pudieran conducir a la anarquía. Advierte Bolívar sin embargo en medio de su lisonjera situación de entonces: "... *yo no sé qué haré, y dejemos que las mismas circunstancias me vayan marcando la ruta que he de seguir*",¹⁸ confesión que señala las inevitables limitaciones del hombre político ante el curso final de la sociedad.

Con respecto a las nuevas elecciones de las autoridades de Colombia, en ese tiempo, en carta al General Briceño Méndez, aprecia, considera el Libertador varias posibilidades entre los más destacados prohombres de la patria y dice: "*Sucre es muy necesario en Bolivia, y además allá lo han pedido a Colombia. Dudo que el General Santander acepte la Vicepresidencia. Entonces Ud. o Sucre deben ser los electos: con tales suplentes podemos consolarnos de la pérdida de Santander*".¹⁹ Se justifica, se anuncia la más legítima posibilidad renovadora de la sociedad para que el Gran Mariscal de Ayacucho, quien detentaba los más altos méritos, nunca desmentidos, nunca superados, ocupase en su patria el más digno sitio. Así avizora el Libertador la sucesión política de los más antiguos dirigentes de la revolución independentista hacia los más jóvenes al considerar primeramente a Sucre, quien entonces no superaba los 30 años de edad.

No obstante estos planes, estas intenciones transformadoras de Colombia, ya se presagia la tempestad. Intuyendo sobre el porvenir, Bolívar contempla con severa preocupación el estado de Colombia el cual considera: "... *demasiado triste: Preveo también una terrible crisis para los años futuros y por tanto e resuelto irme para allá. Estaré en el Sur imponiéndome del estado de aquellas provincias, el resto del año. Después iré a Bogotá, con ánimo de no aceptar la Presidencia... El mal está que si me obligan a servir ahora, tendrán que arrepentirse luego, pues no dudo que entonces ocurrirán novedades de gran tamaño con motivo de la reforma de la Constitución*".²⁰

17 Memorias..., Obra citada, Tomo 30, Pág. 169.

18 Memorias..., Obra citada, Tomo 30, Pág. 176.

19 Memorias..., Obra citada, Tomo 30, Pág. 177 y 178.

20 Memorias..., Obra citada, Tomo 30, Pág. 204.

Mientras procura entonces el éxito del Congreso de Panamá y recomienda al Mariscal Sucre algunos aspectos importantes para la participación de la Legación de Bolivia en el mismo, le informa igualmente su resolución de volver a Colombia y efectuar el último sacrificio para resolver los graves asuntos de Venezuela y los de Páez.

Al mismo tiempo que se aferra a la esperanza que su Constitución sea realmente el arca de la nueva alianza, constata la realidad terrible al apreciar que: *“... los partidos tienen dividida a Colombia; que la hacienda está perdida; que las leyes abruman; que los empleos aumentan con la decadencia del tesoro, y últimamente ... en Venezuela claman por un imperio..., quedando las cosas como van ahora, en el Perú sucederá lo mismo... y en una y en otra parte veremos perderse la obra de nuestros sacrificios y nuestras glorias”*.²¹ Todo, todo ello mientras planean su caída, la ingratitud y el crimen.

En sus meditaciones desde Lima, Bolívar concibe el plan federativo de Bolivia, Perú y Colombia para que estos pueblos formasen una sola Nación. Señala como una necesidad asegurar la libertad de América, en el orden y en la estabilidad de la existencia de sus noveles Estados. Inquieta, temerosa su alma ante la inoportuna y frívola acusación al General Páez y el escandaloso pronunciamiento divisionista de la Municipalidad de Valencia en Venezuela, tiene que salir a sosegar los males que han desatado las ruines ambiciones. Sus angustias y sus reflexiones le llevaron a pensar, como le expresa al General Andrés de Santa Cruz, la necesidad de postergar los planes americanos y consagrarse a los designios nacionales a fin de evitar el caos; al mismo tiempo manifiesta la intención de dedicarse a Venezuela para contener sus males y evitar así una guerra civil. Le preocupa igualmente la situación la suerte que correrían Sucre y de Bolivia, enclavados entre cuatro enemigos.

Con franqueza admirable, propia de su alma y de su corazón, Sucre, el 06 de Junio del 1826, le escribe al Libertador. Se condeue de los sucesos de Colombia, aun cuando advierte que tales hechos y pretensiones podían evitarse y contenerse con la presencia de Bolívar. Cuestiona duramente las ideas de los *“furiosos demócratas”* en defensa de una monarquía y advierte que: *“Saliendo de su delirio turbulento vienen al otro extremo que igualmente debe discontentar al pueblo. No pienso ni que el ejército mismo convenga en el pensamiento, porque a pesar de los vejámenes que ha sufrido del cuerpo legislativo, y aún, según se dice, del gobierno, creo que prefiera a sus conveniencias la paz y la dicha de Colombia”*. Una posible monarquía, a su juicio no trascendería jamás la vida de Bolívar, ni sería conforme a su gloria y: *“... a su muerte, una*

21 *Memorias...*, Obra citada, Tomo 30, Pág. 228.

revolución más espantosa y sangrienta sería el resultado de tal invención...”. Igualmente le manifiesta al Libertador que la federación por él propuesta: “... sería un gran remedio; pero dudo mucho que se consiga en la generalidad en que se ha meditado...”.

Por otra parte, en cuanto a la Constitución Bolivariana, dice: *“Le prometo empeñar todas mis fuerzas para que pase, si es posible, íntegra, a cuyo efecto hablaré con los diputados. Sin embargo, como Ud. me pide mis opiniones francas no haré la traición de ocultarle que dudo que pase el Presidente vitalicio... Ahora mismo acaba de estar aquí el Dr. Olañeta y me ha dicho que los diputados sí convienen a votar por la Presidencia vitalicia si yo la acepto. Por apoyar su pensamiento de Ud. estuve por decir que sí; más no pudiendo conformarme con el engaño, le leí los dos primeros párrafos de esta carta y le repetí que no podía aceptar un encargo que yo no creía capaz de desempeñar...”*.²² Sucre elaboró en Bolivia un avanzado proyecto electoral para el nombramiento por vías democráticas del Presidente de la República.

En medio de tales consideraciones sobre la consolidación de las instituciones americanas, Sucre se interesa por el estado de las diferencias entre Argentina y el Brasil y acerca de la posible intervención o mediación de Inglaterra en la disputa. Sostenedor de la independencia y de la solución de los litigios por las propias naciones del continente, da instrucciones el Presidente Sucre a Don José Mariano Serrano para obtener información exacta sobre los términos y condiciones de la posible actuación, por el cuidado que se debe tener de una intervención europea en asuntos americanos. De la misma manera, ante la llegada a Cuba de tropas españolas, cuya presencia podía representar una posible invasión a México o a Colombia, Sucre espera que fuera a esta última donde se dirigiera el enemigo donde encontrarían: *“... un gobierno vigoroso y central...”* y no: *“... las formas federales, y la debilidad natural de esta especie de gobierno...”*,²³ a la par de encontrar ante sí un ejército patriota organizado y veterano. Sin embargo, entre sus esperanzas se encontraban el amistoso advenimiento favorable entre Argentina y Brasil por medio del Congreso de Panamá y que se impusiese definitivamente la paz.

El Libertador pretendía positivamente que el Gran Mariscal de Ayacucho fuera su sucesor en la Presidencia de Colombia, lo cual agradecía pero descartaba el noble cumanés, quien manifestaba más amar a la patria que someterla a su inexperiencia, que jamás había deseado - tal como se lo afirma a Santander - alcanzar tal posición y que solo le bastaba que un pueblo extraño a su Nación

22 Archivo de Sucre, Tomo IX, Págs. 310 a 315.

23 Archivo de Sucre, Tomo IX, Págs.330.

ya tuviese una buena opinión por sus servicios. “*Repito -señalaba Sucre- que si soy forzado por algunas circunstancias a continuar en el gobierno mi vida será muy corta*”.²⁴

Los hechos y amenazas internas en Colombia preocupan profundamente al Mariscal de Ayacucho. Ante tales hechos disociadores considera más grave que la presencia de tropas españolas en La Habana, el juicio abierto al General Páez, así como las otras agitaciones en las provincias de su país.

En tal delicado asunto del juicio al jefe de los llanos venezolanos, Sucre cuestionó al mismo tiempo, tanto al Congreso de Colombia, por su poca consideración a los hombres de armas y por haber abreviado la época de un movimiento por el procedimiento al héroe de Carabobo; así como también cuestionó severamente a Páez, al considerar que había procedido de manera violenta y que sus quejas en contra el gobierno no debían comprometer su prestigio y la existencia misma de la República. : “... *una inmensa parte de mi dolor es nuestro descrédito...*”,²⁵ afirma.

En medio de ese trance, aun cuando admitía inoportuna una federación en estado de guerra y como consecuencia de una pretensión armada, podía Sucre admitirla aun cuando prefería preservar la integridad de la nación bajo diversas formas de Gobierno popular; que los sucesos instigados y desencadenados en Valencia, surten sus efectos en Guayaquil y en otros lugares con asomos preocupantes de intranquilidad. Sucre conviene en las inconveniencias de una federación pero al mismo tiempo no desconoce la realidad divisionista. Rechaza plenamente las tentativas monárquicas que se apoyan por algunos en Venezuela, Cundinamarca y en el Sur y, comparte de la Constitución Boliviana lo que consagra la estabilidad y la firmeza del gobierno, sin acudir a extremos que amenacen al pueblo.

Los arbitrios se agotan, como reconoce el Mariscal. Sabe que Colombia no desea federar los tres grandes estados en un solo gobierno y que los hechos y las cosas, adversan fatalmente cada vez más los sueños y las ilusiones. Tal vez era acertada su opinión en cuanto a que luego de Ayacucho se hacía imperioso volver a la patria.

En tales circunstancias, el Libertador se encontraba persuadido que Sucre podía gobernar en lo futuro la gran Nación conciliando los partidos, a lo que respondía el Mariscal que: “... *con mi conciencia y mi corazón declaro que cada*

24 Archivo de Sucre, Tomo IX, Págs. 348 a 349.

25 Archivo de Sucre, Tomo X, Págs.186 a 190.

vez me encuentro más incapaz de gobernar un pueblo, cuanto menos un pueblo agitado...”,²⁶ no sin asegurar como muestra de deber y lealtad a su patria y al Libertador, que no desertaría de la causa de América y de Colombia mientras fuese necesaria salvarla de sus males. Es el debate altivo entre las realidades y los sueños en el alma y en la vida de los grandes hombres.

Bolivia, por desgracia, no estaría ausente de aquellos sobresaltos. Sucre con certeza advirtió lo que iba a ocurrir en Argentina y en Perú, luego de la marcha del Libertador y que afectaría a la joven República, que presidía con justicia y dignidad. Pero ya había fijado irrevocablemente su determinación de separarse del mando el 6 de agosto de 1828.

Era el deber y la necesidad que América se confederase entre sus pueblos. La visión americanista y política de Sucre es de las más significativas de su tiempo y no obstante su perpetuo rechazo a gobernar, poseía los caracteres y la autoridad del gran estadista que fue y hubiera sido como ejemplo de virtudes, moderación, firmeza, rectitud y conciliación en el mando de los pueblos. En sus instrucciones a los representantes de Bolivia ante el Congreso Anfictiónico de Panamá, se manifiestan sus altas miras cuando propone: la celebración de un pacto de unión y alianza de las naciones del continente contra las agresiones de España o de cualquier otra potencia; la prohibición de tratos separados con la madre patria y reconocimientos aislados de la independencia; el carácter de mediador y arbitro permanente de la asamblea en los conflictos americanos; la acción conjunta de los confederados con los estados que pretendiesen violar la independencia de cualquier otra nación; la proposición de un tratado de comercio y la abolición entre los países de prohibiciones para la circulación de los frutos del suelo y de la industria; establecer la abolición del tráfico de esclavos de Africa; la formación de un ejército y escuadra federal y la liberación de Cuba y Puerto Rico.

Era la realidad sin embargo, que los intereses parciales se impondrían; que la extensión del territorio y el carácter de las gentes conspiraban con el sostenimiento de un único gobierno e inclusive de una federación; que todo cuanto hiciesen Bolívar y él sería un ilusión ante la América convulsa. Conociendo desde Chuquisaca que el Libertador pudo con éxito evitar los males de una guerra civil en Venezuela al que califica como: “... *un gran bien...*”, sabe el Mariscal de Ayacucho que: “... *la agitación de los espíritus siendo un*

26 Archivo de Sucre, Tomo X, Pág. 190.

*preparativo para otra nueva guerra, quita el placer que produce aquel beneficio”.*²⁷

Analiza rectamente los sucesos de Colombia en esta forma, su corazón ecuánime y sincero, en carta al Libertador:

“He tenido en este correo porción de papeles, la mayor parte de ellos de Bogotá. Los periodistas de allí, con excepción de El Constitucional, parecen agentes de la Santa Alianza; qué empeño en dividirnos, en desacreditarnos, en disgustar a los mejores servidores de Colombia. Lo peor de todo es que trasluzco que el General Santander está de malas con Ud., y si no me engaño, él se ha dejado arrastrar de un espíritu o partido local, y me parece que Ud. está también tocado del mismo daño. Bien que se ame el país del nacimiento; pero que no se sacrifiquen a sus intereses, la salud de la Nación.

*Entiendo que en Cundinamarca habrá trastornos; será sensible, y tanto peor, que es claro que Cartagena no está de acuerdo con el interior. Del Sur ya Ud. sabrá los alborotos causados por la fuerza insurreccionada en Lima, y que ha invadido aquellos Departamentos. Se dice que la prisión de Bustamante y otros sucesos restablecerá el orden. Tales alborotos serán un desengaño vergonzoso para los que en Bogotá aplaudieron a Bustamante. De todas las cosas de Colombia, deduzco que parece casi imposible evitar ya que la República se constituya bajo formas federales. La cuestión ahora será si son tres Estados de las tres antiguas Repúblicas, o si seis o más Estados. Pienso que esto segundo es mejor, aunque es malo; porque tres Estados pararán en ser pronto tres Repúblicas independientes, lo cual es la división completa y absoluta de todo el país”.*²⁷

Los enemigos de Bolívar y de Sucre intrigan sobre el hecho de que Bolivia era: “... una batería...” de aquel para amenazar al Perú dirigida por el Gran Mariscal de Ayacucho. Al mismo tiempo, observaban el prestigio de Sucre en el país y como las tropas insurrectas en el movimiento de Bustamante de nuevo proclamaban a Bolívar. Ante tal situación, a juicio de Sucre: “... la única confianza que restaba, era que el general Santander estaba en pugna con Ud. y que esto debía desordenar y debilitar a Colombia”.²⁸ No obstante tales aprehensiones no descansarían los enemigos de Bolívar en todas partes hasta incendiar a la República y deshacer el gran Estado.

²⁷ Archivo de Sucre, Tomo XII, Págs. 20 a 21.

²⁸ Archivo de Sucre, Tomo XII, Pág. 42.

La aprobación de la insurrección de Bustamante y anteriormente el rechazo a la revuelta de Páez, fueron signos de los intereses propiciatorios de las grandes disputas alrededor de la autoridad del Libertador y la unidad del gran país formado por los designios de Angostura y la gloria de Boyacá. “*iPobre Venezuela!*”, exclama Sucre ante las desoladoras noticias que le envía El Libertador; “*¡i pobre Colombia!*”, vuelve a increpar al héroe de Ayacucho, al observar a la patria mayor en revueltas: “*Sus cabezas desunidas; fuertes partidas pidiendo la federación; sus rentas sin orden; su crédito perdido; ¡Pobre Colombia!*”.²⁹ Sin embargo Bolívar, que no parece desmayar jamás, le reclama: “*Si yo os amase más que a Bolivia os aconsejara alejaros de los crueles suplicios a que condena el ejercicio del Poder Supremo, más no, Bolivia es para vos como para mí nuestra hija predilecta: Junín y Ayacucho la engendraron, y los libertadores deben mantenerla a costa de sus sacrificios. Vuestro nombre pasará a la historia figurando entre los Fundadores de las Repúblicas...*”.³⁰

Aquellas luchas fratricidas no se sesgarían. Las instigaciones del Perú se profundizarían en contra de Bolivia y luego de la misma Colombia. Si bien el prestigio de Sucre era cierto en aquella nueva patria, las intrigas foráneas en su contra se multiplicaban llegando al extremo uno de sus vecinos a no entablar relaciones con el país sino cuando saliesen del mismo los auxiliares de Colombia y, por su puesto, el mismo Sucre. La resolución de éste de abandonar el mando era ya inevitable, cansado como estaba su espíritu de las iniquidades de los hombres, y asienta una frase terrible: “*...los hombres son ingratos y hasta el bien lo reciben con desconfianza*” y por lo tanto, triste y desilusionado, ahora es él el que llama a Bolívar y le aconseja los desvelos a una sola tierra: “*Cuidemos de nuestra patria, arreglemos sus asuntos, y dejemos que los demás se compongan como Dios y ellos quieran. Demasiado hemos hecho por todos en la guerra de la independencia para libertarlos, y después para evitarles la anarquía. De resto que se organicen ya como puedan*”.³¹

El indigno motín de Chuquisaca al que Sucre se enfrenta le deja herido un brazo, agravio que le hace la intriga y la ambición militarista. Su valerosa sangre, sangre de héroe redentor, se derrama en Bolivia la patria que fundó. So pretexto de salvarle la vida, sus enemigos avanzan y le deponen, Gamarra lo dirige. Ronda otra vez el crimen en la estancia del más egregio soldado de Colombia.

Antes de regresar al suelo colombiano el Libertador conoce los riesgos y las dificultades que amenazan su obra, dispuesto sin embargo para: “*... hacer*

29 Archivo de Sucre, Tomo XII, Pág. 57 a 58.

30 Memorias..., Obra citada, Tomo 30, Pág. 375.

31 Archivo..., Obra citada, Tomo XII, Págs. 173 a 175.

por mi Patria el último sacrificio".³² El augura que su presencia calmará la tempestad y que el nombre de Colombia será por si mismo la convocatoria a la gloria del pueblo.

Si bien sostiene su proyecto de Constitución por considerar en el mismo reunidas la libertad popular, las virtudes de la federación y la estabilidad de los gobiernos, no impone sin embargo su propuesta, y tiempo después, le afirmaría al general Santa Cruz, que no tenía con respecto a esta idea amor propio de autor en materias que pesaran sobre la humanidad.

El advierte los males y se reprocha por momentos que otros pueblos de América han ocupado su atención en desmedro de Colombia e incluso piensa consagrar sus esfuerzos sola a esta y a su originaria patria. Ante aquella circunstancia, él deja en libertad a sus seguidores peruanos para que escuchen la voluntad de los pueblos y la sigan fielmente. El está resuelto a morir antes que se encienda la guerra civil entre hermanos, dispuesto a afirmar el destino de su patria en paz.

Bolívar no conculca el derecho a las reformas. Le manifiesta por ejemplo a Páez que no desea la división de la República pero que si era la voluntad irrevocable de Venezuela separarse, debía verificarse a través de una Asamblea General.

El se encuentra en 1827 en Caracas un deplorable estado de: "... *miseria pública...*; *el servicio público es abominable: con respecto a eso, en Colombia es todo lo mismo...* Necesitaría muchos años para reparar los errores y los fraudes cometidos en el tiempo de mi ausencia; pero solamente la paz puede remediar una parte de nuestros males".³³ Sin embargo, su decidido plan es el mantenimiento de la integridad de la República y el sometimiento de la anarquía, hasta donde sea posible. Parte de Venezuela a Bogotá y debe a ir al Sur, temeroso de que a su espalda vuelvan a desatarse todos los huracanes que no puede contener. Ha logrado a costa de grandes sacrificios que Colombia se presente íntegra a las resoluciones de la Gran Convención, que luego se disuelve, sin embargo afirma que la división o la federación son un plazo más que un bien, un plazo para la destrucción de Colombia.

Su alma se debate entre enfrentarlo todo por salvar a su patria o sucumbir. Esta resuelto al último suplicio por servir a su patria, mas duda sobre los resultados. Piensa, a mediados de 1828, en Sucre para que trate de conservar el

32 *Memorias...*, Obra citada, Tomo 30, Pág. 251.

33 *Memorias...*, Obra citada, Tomo 30, Pág. 330.

orden y la armonía nacional, pero concluye que no lo mantendría: "... porque está muy cansado de la ingratitude y de la inestabilidad de las cosas americanas..."³⁴

La guerra con el Perú plantea un escenario peligroso: la invasión del territorio colombiano y otra posible guerra con España. Colombia se encuentra amenazada nuevamente, dividida, sin que sus glorias anteriores fuesen un estímulo para sus ciudadanos.

Planteada la fratricida lucha en el Sur, aguarda el Libertador con ansia la presencia de Sucre, y al saberle en Guayaquil le expresa: "*Haga Ud. la guerra, haga Ud. la paz; salve o pierda al Sur, Ud. es el árbitro de sus destinos, y en Ud. he confiado todas mis esperanzas...; ... yo he dado a Ud. es ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, Ud. es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna*".³⁵

El año 1829 principia con las asechanzas de Obando en Pasto y con las acciones del Perú en contra del Sur de Colombia. Bolívar perdonaría a aquel restableciendo el orden; por su parte Sucre ha vencido gloriosamente en Tarqui las amenazas exteriores, permaneciendo una vez más ilesa la agónica esperanza de una misma patria.

Ante el altar de la patria en tumulto, desatadas las indomables fuerzas, Sucre y Bolívar consuman su destino.

Aquel expuesto al crimen, a la injuria y a las decepciones, arriesgaría todo por la vida de Colombia. Este renunciaría a su reposo y a su dicha, cumpliendo hasta el final su deber con la patria y con la gloria del Libertador. Aquel encadenado al mando que ya le repugnaba, ofrecía servir de lugar en lugar conciliando a los hombres y al gobierno. Este sin otros títulos que los de sus victorias, pobre y mutilado ahora, acudiría una vez más a la última batalla por la gran República. Aquel por quien la patria era, sentía el vilipendio y los ensañamientos crueles. Este que fuera ejemplo de virtud militar y civil, vería con dolor la indignidad de los soldados y el decaimiento de la patria antes erguida, antes invencible. Aquel ya no tenía bienes. Este después de tantas luchas solo dependía de los de su mujer. Aquel era llamado el viejo, con desprecio y con burla. Este tendría que reclamar respeto a quienes pretendieron desposeerle en el Ecuador alegando la nobleza de su vida y la grandeza de sus servicios inmaculados a la Nación. Aquel ya no hacía sino arar en el mar, lo-

34 *Memorias...*, Obra citada, Tomo 31, Págs. 128 a 130.

35 *Memorias...*, Obra citada, Tomo 31, Págs. 230 a 233.

quero de los ciudadanos. Este sería ahora la última esperanza de una patria que languidecía.

Sucre advertía los males, ya por desgracia insuperables:

*“... los pueblos de Colombia solo anhelan por un Gobierno vigoroso, donde la seguridad personal, el derecho de propiedad, y en fin la libertad civil, sean estrictamente guardadas. Los hombres cansados de tantas calamidades, disputan y poco sobre esa exagerada libertad política; y en vez de principios impracticables, quieren un Gobierno constitucional, que les dé garantías positivas, y los saque de ese laberinto de garantías escritas, en que sin embargo no gozan en la práctica ni siquiera de los derechos de propiedad y seguridad. La demagogia está aborrecida por todos los colombianos que pueden formar opinión nacional”.*³⁶

Bolívar ante el Congreso Admirable, el último de su gran creación y el cual presidiría Sucre, califica al virtuoso Mariscal como el más insigne de los generales de la República. Si bien honraba a Sucre tales manifestaciones, las consideró sin embargo impolíticas ante las circunstancias tan difíciles. Del ilustre Congreso se esperaban las necesarias reformas, aun cuando se desconocía en definitiva la posición de Venezuela. Sucre exigía que conservaran la calma en el departamento del Sur. De la Asamblea se esperaban instituciones nuevas dictadas por la experiencia y afianzadas en la voluntad popular. La forma del Gobierno y el pacto de la Unión los preservaría la Asamblea, sin embargo se consideraba atender los intereses generales y los locales en su debida importancia. El Congreso se prometía, tal como lo indicaba Sucre, limitar el despotismo y la anarquía reinante y hacer surgir instituciones libres pero fuertes para que rigiese en la sociedad el imperio de la ley.

La inminencia de la separación de Venezuela obligó a Sucre junto al obispo Estévez salir en Comisión hacia Caracas. No se prometen mayores resultados: las provincias entre sí están divididas, varias a favor de la federación y otras integradas a Colombia. No se les permite el paso franco a Venezuela. Los representantes de Páez, Mariño entre ellos, prometían encontrarles en Cúcuta. Antes de aquella reunión, Bolívar había informado a Sucre que aceptaría el establecimiento de una federación a fin de preservar la unidad de Colombia.

La última lección la dictaría Sucre al insistir ante la historia de América que los males de Colombia no dependían de los actos Libertador sino del sistema militar y de los errores de la administración, de aquellas ambiciones desborda-

36 Archivo..., Obra citada, Tomo XIV, Pág. 97.

das y de la impenitente anarquía, y en prueba de sus desprendimientos, propuso a los comisionados el pacto salvador de que los generales de Colombia no detentaran el mando de los pueblos, inclusive de los Estados de la federación. El enfurecimiento de Mariño y las acusaciones de insidia propiciada por Bolívar y Sucre, pusieron rudo término a aquellas entrevistas. Epilogo de una existencia admirable, Sucre comunicaba al Libertador finalmente: "... yo he cumplido con mi conciencia, como patriota y como amigo".³⁷ Y se despiden... uno quiere volver a Quito y en su última carta le expresa al Libertador el 8 de mayo de 1830:

"Cuando he ido a casa de Ud. para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso esto es un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé que decir a Ud.

Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a Ud.; Ud. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que Ud. me conserve siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.

*Adiós, mi General, reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Ud. Sea Ud. feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud De su más fiel y apasionado amigo".*³⁸

El otro ya se ha ido para siempre a calmar sus tormentos en busca de algún mar.

Otros por su parte... se sorprenden al observar al héroe de Ayacucho en el atrio de la Catedral, asomarse meditabundo, silencioso a la puerta, con sus brazos cruzados sobre su pecho que contuvo el más generoso corazón de los libertadores de Colombia. Al final de aquella vida hermosa, la muerte en Berruecos, inmerecida y cruel, sentenciaría definitivamente a la gran patria y a la gran historia.

¿Qué otros ejemplos de amor hacia la patria podemos descubrir en estas vidas superiores que nos inviten al legítimo orgullo y al deber? En la Quinta de Bolívar, casa de la libertad, sitio de la grandeza y del dolor de un héroe, los

37 Archivo..., Obra citada, Tomo XIV, Pág. 262.

hombres más ilustres de Colombia la grande, presagiaron tal vez que su obra moría. Dejaban sin embargo, más allá de sus tribulaciones, más allá de sus faltas, más allá de la obra inconclusa, libres de sus cadenas a multitud de seres, la humanidad americana redimida con la espada gloriosa que sirve por igual a la justicia, a la paz, al adelantamiento de la historia y a multitud de hombres y de generaciones elevados, gracias a ella y a su significado, a la dignidad de sus derechos. De sus luchas y de su sangre nacieron las Repúblicas, unidas y triunfantes al llamado del bien y de la gloria. De nuestras luchas y de nuestras victorias nacerán las patrias del futuro, la América infinita, la América nuestra, la América de todos, que está sembrada en esta tierra santa de patriotismo y fe ante el recuerdo de sus libertadores, que alguna vez será tan grande como hermosa, tan fuerte como libre.